



Entre Conde y Marqués

A este último desastre sintomático de la guerra de ocupación de Marruecos — y que tanto parecido tiene con los desastres de las tropas del rey Constantino en el Asia Menor — ha precedido un cruce de escritos polémicos entre el Conde de Romanones y el Marqués de Lema.

El conde disparaba por elevación; sus tiros no iban ni al gobierno — ¿gobierno? — conservador — ¿conservador? — del «soldado desconocido» y antes del señor Dato, ni mucho menos al yerno del señor Sánchez de Toca. Porque el Conde sabe perfectamente — y por haberlo él experimentado y hasta sufrido — que la política exterior o internacional de España no la llevan los gobiernos de la Corona. La lleva... la Camarilla. Y téngase en cuenta que Camarilla — lo mismo que Corona — es sustantivo femenino y no adjetivo masculino. El Conde sabe lo que antaño ocurrió en el cazadero de Lachar — y por comentarle se nos condenó a ocho años de presidio — y sabe otras muchas cosas.

El Conde, apuntando por encima del Marqués, ha dicho que «España se encuentra más aislada que lo ha estado nunca, sin inspirar confianza a ningún país de Europa, teniendo con todos ellos resentimientos más o menos hondos, por la conducta seguida por el gobierno español, que les ha hecho objeto de toda clase de afilrazos». Y a esto el Marqués contesta que valdría la pena, «para que fuese tomada en serio esta rotunda afirmación, señalar con ejemplos concretos el fundamento de ellas». Y el Conde, que ha perdido uno de sus hijos en la desgraciada aventura marroquí, podría señalar ejemplos concretos si se le permitiese su todavía viva... lealtad. Y podríamos señalarlos también nosotros. Y los señalaremos.

Lo peor que ha tenido la política exterior o internacional del reino de España, no de sus gobiernos sólo, ha sido su duplicidad, su falsía, su hipocresía. Se ha jugado al maquiavelismo, y este es un juego muy peligroso cuando quien dirige el juego no es un Fernando el Católico de Aragón, un Luis XI de Francia u otro Maquiavelo por el estilo. La política exterior o internacional del reino de España ha sido doble, falsa e hipócrita, pero a la vez ha sido torpe, torpemente troglodítica, troglodíticamente torpe. Ha sido una política de ininteligencia femenina. Diríase que la inspiraba cualquier estrecho, mezquino y ramplón cerebro femenino. (Hay, ¡claro!, cerebros femeninos muy anchos, nobles y geniales, pero la ramplonería femenina se distingue de la masculina.)

¡Ay del ex futuro viceimperio ibérico! de aquel viceimperio que habría de haber surgido después de la reconquista de Portugal, respaldada, ¡claro está! por los entonces imperios. A principios de 1911, estando Canalejas en esas tierras donde acaba de suicidarse el general Fernández Silvestre, pudo haber estallado la gran guerra que estalló luego, en agosto de 1914, a pretexto del ultimátum que dirigió a Serbia el Habsburgo del imperio austro-húngaro, el fatídico Francisco José.

Y por cierto el suicidio del pobre general F. Silvestre nos recuerda aquel otro — porque suicidio y no otra cosa fué — del pobre marino Villaamil en aguas de Santiago de Cuba en 1898. ¡Dos suicidios simbólicos!

«España se encuentra más aislada que lo ha estado nunca, sin inspirar confianza a ningún país de Europa» — dice el Conde y dice muy bien. — Pero ¿cómo va a inspirar España confianza a ningún país de Europa, si ella, España, no tiene confianza en sí misma? ¿Si no es suya propia? ¿Si no dirige por sí misma sus propios destinos? ¿Si no es una República en el amplio sentido de este vocablo, como lo son Bélgica o Italia? El del reino de España es, como dijo muy bien la secular revista conservadora inglesa «Saturday Review», el último despotismo que en Europa queda. Y no un despotismo individual, de un déspota, sino colectivo, de una Camarilla. Y de una Camarilla falladera.

Parece que el rey Constantino de Grecia tuvo el propósito de ponerse personalmente al frente de sus tropas, las de su partido — Constantino es jefe de uno de los partidos políticos de su reino — que operan en el Asia Menor. Aunque a honesta distancia del peligro, ¡claro! Y esa es una buena solución en casos tales.

Porque cuando ocurre lo que ocurre en Grecia y un Constantino — cuñado del

ex kaiser de Alemania — emprende una guerra por interés dinástico, debe ser él quien al frente de los de su partido haga la guerra. ¡Y con voluntarios, por supuesto! No le es lícito exigir que le ayuden en esas aventuras los oficiales venizelistas o liberales, por ejemplo.

Pero lo de Grecia nos debe importar ya menos, que harto tenemos con nuestra tragedia.

Y que se vaya preparando en Yuste alojamiento para el último de los Habsburgos coronados.

Miguel DE UNAMUNO.

